

# LA CIUDAD DE MÉXICO COMO CIFRA DEL ESPLENDOR URBANO DEL GRAN MUNDO

José María Ferri Coll\*

Cortés, antes de destruir Tenochtitlán en 1521, no encontró palabras para trasladar a Carlos V la grandeza de la capital de los aztecas, ciudad que algunos de sus soldados, concededores de Constantinopla y Roma, llegaban a poner por delante de tales plazas en magnificencia:

Porque para dar cuenta, muy poderoso señor, a vuestra real excelencia, de la grandeza, extrañas y maravillosas cosas de esta gran ciudad de Temixtitán... sería menester mucho tiempo, y ser muchos relatores y muy expertos; no podré yo decir de cien partes una, de las que de ellas se podrían decir, mas como pudiere diré algunas cosas de las que vi que, aunque mal dichas, bien sé que serán de tanta admiración que no se podrán creer, porque los que acá con nuestros propios ojos las vemos, no las podemos con el entendimiento comprender<sup>1</sup>.

Pero la admiración del Conquistador por la fortaleza prehispana no fue opinión aislada. Llegado a su plena madurez, Durero, en su *Tratado de fortificación* (Nüremberg, 1527), dedicado por cierto al lugarteniente de Carlos V en Alemania, el rey Ferdinando, considera Tenochtitlán como ciudad ideal, dechado que debía servir a los arquitectos europeos en el diseño de plazas fuertes. El parecer del insigne grabador no tendría tamaña trascendencia de no haber reparado el alemán en una ciudad americana como modelo que superaba a cualquiera de las fortificaciones diseñadas en suelo

\* Universidad de Alicante, España.

<sup>1</sup> Hernán Cortés, *Cartas de relación*, Porrúa, México, 1976, p. 62. Véase al respecto M. Glantz, "Ciudad y escritura: la ciudad de México en las *Cartas de relación* de Hernán Cortés", en *Borriones y borradores. Ensayos sobre literatura colonial*, México, UNAM/El equilibrista, 1992, pp. 45-59. Antes publicado en *Hispanamérica*, XIX, agosto-diciembre 1990, núms. 56-57, pp. 165-174, y en *Neue Romania, Institut für Romanische Philologie der Freien Universität*, N.º 10, 1991, pp. 91-102.

européo por arquitectos antiguos o incluso contemporáneos. Es más, incluso contradecía las indicaciones del mismo Vitruvio cuyo tratado *De architectura* había sido reeditado en Roma en 1486 en pleno fervor humanista, quien se oponía a la creación de fortalezas de planta cuadrada. Por citar el ejemplo tan sólo de los más eminentes arquitectos italianos del momento: ni Filarete ni Alberti habían reparado en sus respectivos tratados sobre las ventajas de una planta cuadrada como la presentada por la ciudad azteca<sup>2</sup>.

Sobre las ruinas de la ciudad destruida, Cortés promovió a partir de 1522 la creación de una nueva urbe, que ya desde sus inicios fue muy populosa<sup>3</sup>. Dejó de ser, eso sí, una fortaleza, al contrario del antiguo sitio de los aztecas. Así las cosas, en los preliminares de *La Grandeza mexicana* (1604) de Bernardo de Balbuena<sup>4</sup>, se mandó imprimir un soneto de Lorenzo Ugarte de los Ríos, alguacil mayor del Santo Oficio en Nueva España, que certificaba lo que el lector de la nueva obra del obispo de Puerto Rico iba a descubrir pronto: que la admiración por la ciudad de México no remitía a la antigua urbe de los mexicas, sino muy al contrario a la nueva planta española del lugar, que es comparada en esplendor con modelos de la tradición clásica europea:

Sea México común patria y posada,  
de España erario, centro del gran mundo.  
Sicilia en sus cosechas, y en jocundo  
verano, Tempe su región Templada.

Sea Venecia en planta, en levantada  
arquitectura Grecia; sea segundo  
Corinto en joyas, en saber profundo  
París, y Roma en religión sagrada.

<sup>2</sup> Véase E. W. Palm, "Tenochtitlan y la ciudad ideal de Dürer". *Journal de la Société des Américanistes*, 40, 1951, pp. 59-66.

<sup>3</sup> Véase George Kubler, *Arquitectura mexicana del siglo XVI*, México, FCE, 1982.

<sup>4</sup> Pueden consultarse las siguientes ediciones modernas de la obra: *La Grandeza mexicana*, editada según las primitivas ediciones de 1604, con una introducción y con notas sobre las obras y los autores citados por Balbuena, ed. de J. van Horne, Urbana, The University of Illinois, 1930; *La Grandeza mexicana y Compendio apologetico en alabanza de la poesia*, ed. de L. A. Domínguez, México, Porrúa, 1971 (en este trabajo cito por esta edición de la cual doy las páginas sin más); y *Grandeza mexicana*, ed. de J. C. González Boixo, Roma, Bulzoni, 1988.

Sea otro nuevo Cairo en la grandeza,  
curiosa China en trato, en medicina  
Alejandría, en fueros Zaragoza.

Imite a muchas en mortal belleza  
y sea sola inmortal y peregrina  
Esmirna que en Balbuena a Homero goza (pp. 9-10).

Dentro de la colección paratextual del extenso poema de Balbuena se hallan referencias a la inmortalidad de la ciudad, que se logrará gracias a convertirse en sujeto poético. Tal es el parecer del doctor don Antonio de Ávila y Cadena. Si Homero y Virgilio, en sus versos, hicieron eternas a Grecia e Italia respectivamente, el obispo de Puerto Rico se afaná en acometer el mismo menester para el caso de México: “México, tu grandeza milagrosa / ya queda del olvido y de su llama / más segura que en láminas de acero” (p. 11). Precisamente en la carta que dirige al mismo y que puso al frente de la *Grandeza mexicana*, Balbuena copia unas canciones que ha dedicado igual que el poema mayor a la venida de don Antonio, de las que interesa la que transcribo abajo por su relación con el asunto:

Canten otros de Delfos el sagrario,  
de la gran Tebas muros y edificios,  
de la rica Corinto sus dos mares.  
Del Tempe los abriles más propicios,  
de Éfeso el templo, el sabio seminario  
de Atenas, y de Menfis los altares.  
De Jonia las columnas y pilares,  
los celajes de Rodas,  
y las dehesas todas  
de Argos y sus caballos singulares.  
Que yo con la Grandeza Mexicana  
coronaré tus sienes  
de heroicos bienes y de gloria ufana (p. 16).

De la misma manera que Francisco de Quevedo dedicaría años después espacio a explicar el significado de las ciudades antiguas en *Las lágrimas de Hieremias castellanas* (1613), Balbuena se había consagrado al mismo propósito en varias páginas que preceden a la *Grandeza*. En éstas pone a la ciudad de México a la altura

de las grandes urbes antiguas, comparándola con la mítica Tebas, y fija el inicio de su esplendor en la llegada de Hernán Cortés:

[La ciudad de México] fundada como de nuevo por el valeroso Hernando Cortés y unos pocos compañeros suyos que, arrojados de la furia del mar, no en busca de la perdida Europa, sino de la fama suya, aportaron a ella. Y habiendo muerto la serpiente de la idolatría de aquellos mismos dientes que le quitaron, esto es, de sus ritos y fuerzas bárbaras, renacieron hombres nuevos en la fuente del Bautismo, con que quedó mejorada en todo, creciendo después sus edificios y calles tan por orden y compás, que más parecen puestas por concierto y armonía de música que a plomo y máchinas de arquitectos (p. 44).

Menéndez Pelayo se dio cuenta de que, en el poema de Balbuena, tiene “más interés, más verdad y más animación [...] la descripción que hace de las grandezas de la ciudad que la del campo”, más cercana esta última a los dechados clásicos<sup>5</sup>. En efecto, el Renacimiento europeo había convertido el símbolo de las ruinas en ejemplo de restitución de un glorioso pasado que descansa en los modelos de las ciudades antiguas de cuya arquitectura y magnificencia solo el curioso que se acercara a ellas podía ver a la sazón las señales: así fueron poetizadas por la imaginación de los mejores poetas los casos de Roma, Cartago, Sagunto, Itálica, Numancia y una larga nómina de lugares egregios que, aunque habían sido arruinados generalmente por las guerras, su hundimiento era achacado con frecuencia por los poetas al paso del tiempo, tema que conectaba mejor que el asunto bélico con la sentencia bíblica que leemos en el *Eclesiastés*: *Vanitas vanitatum et omnia vanitas est*<sup>6</sup>. Lo que llamó poderosamente la atención de Balbuena no fue, sin embargo, el esplendor pasado sino la grandeza presente, esto es, la molicie urbana que habían construido los españoles y que desafiaba sin paliativos a las mejores urbes del mundo. Al hilo de las palabras de Menéndez Pelayo que acabo de recordar, vale apuntar asimismo que el obispo de Puerto Rico invierte los términos del famoso tó-

<sup>5</sup> *Historia de la poesía hispanoamericana* [1911], ed. de E. Sánchez Reyes, tomo I, Santander, Aldus, 1948 (Á. González Palencia (dir), *Obras completas*, XXVII, Madrid, CSIC, 1948), pp. 45-56; p. 52.

<sup>6</sup> Remito al lector interesado a mi libro *Las ciudades cantadas. El tema de las ruinas en la poesía española del Siglo de Oro*, Alicante, Universidad, 1995.

pico renacentista resumido en menospreciar la corte y alabar la aldea. Frente al mundo idealizado en églogas y libros de pastores, cuyos protagonistas disfrutaban de la soledad del campo, Balbuena ofrece la estampa del bullicio urbano, erigiéndose en cronista privilegiado de la ciudad, como él mismo reconoce en la carta “Al doctor don Antonio de Ávila y Cadena” (p. 14).

En el siglo xx no faltaron admiradores de la ciudad de México ni cantores de su grandeza. En 1915, Alfonso Reyes trató de los cambios de la ciudad en su *Visión de Anáhuac*. Según el erudito, la metamorfosis de la urbe se debió al esfuerzo de sucesivas generaciones (tres razas y “casi” tres civilizaciones). Se aprecia aquí la idea que mucho más tarde enarbolaría T. S. Eliot de que la civilización no es patrimonio exclusivo de los vivos, sino que éstos la reciben como herencia que a su vez deben transmitir a las generaciones venideras. En este sentido, las palabras del sabio mexicano aluden a la configuración de la ciudad como resultado de los esfuerzos sucesivos de sus moradores.

Es hermosísimo el libro que Salvador Novo dedicó a la ciudad de México en 1946 y que tituló siguiendo a Balbuena *Nueva grandeza mexicana*<sup>7</sup>. Sin embargo, el obispo de Puerto Rico no había precisado en el rótulo de su epístola poética ninguna acotación temporal, empeñado como estaba en mostrar el esplendor de una urbe que, a la par de las míticas de la antigua Grecia e Italia, llegaba a ser eterna. Comparten, sin embargo, actitud complaciente y condescendiente con el poder: Balbuena con el omnímodo del monarca español, y Novo con el del licenciado Miguel Alemán Valdés, que presidió el gobierno *desarrollista* de México en aquellos años. Pero no diría yo que escribieron arropados por una vergonzante hipocresía, sino bajo la convicción de que los beneficios del esplendente crecimiento de la ciudad que, como es obvio, no llegaban a todos sus moradores, podría en el futuro alcanzar a las clases más humildes. El ensayo de Novo –él subtitula el libro así (“Ensayo sobre la ciudad de México y sus alrededores en 1946”)– se ha ido armando bajo el pretexto de una visita a la ciudad de un amigo del narrador que llega de provincias, de Monterrey, nos confiesa el narrador ya bien iniciado el relato, por

<sup>7</sup> *Nueva grandeza mexicana. Ensayo sobre la ciudad de México y sus alrededores en 1946*, México D. F., Hermes, 1946. Las citas de este trabajo provienen de la edición en Cien de México, 1992 [2ª ed.: 1999, 1ª reimpresión: 2001]. Doy la página entre paréntesis sin más.

primera vez a la gran ciudad para pasar allí una semana. Actúa, por tanto, el autor como guía turístico de su huésped. Y como buen *cicerone* planifica la visita sirviéndose de lo que él mismo denomina *método* (p. 83). No hay, pues, en este caso voluntad de redactar una crónica al uso de la de Balbuena, quien se había erigido en cronista al servicio de la destinataria de su epístola, doña Isabel de Tobar y Guzmán. Sí comparten ambos creadores el deseo de ofrecer al lector lo que promete Balbuena en los primeros versos de su *Grandeza*:

De la famosa México el asiento,  
origen y grandeza de edificios,  
caballos, calles, trato, cumplimiento,  
letras, virtudes, variedad de oficios,  
regalos, ocasiones de contento,  
primavera inmortal y sus indicios,  
gobierno ilustre, religión y Estado,  
todo en este discurso está cifrado (p. 59).

El último verso podría tener dos lecturas: una recta según la cual el poema de Balbuena es compendio de la variedad de lo humano, a la que alude por cierto en el prólogo de la obra; otra más difícil de precisar en virtud de la cual *cifrar* podría leerse con el sentido de 'encriptar'. Pero detengámonos ahora en el bello libro de Novo, quien se sirvió de los versos anteriores (excepto del primero) para titular cada uno de los siete capítulos de su ensayo en los que aborda sucesivamente el transporte y las vías urbanas, la restauración, la cultura, la arquitectura, el poder y la religión, los jardines y la vida privada.

Novo y su amigo inician su particular visita a la ciudad de México echando mano de los populares *camiones* que recorren todos los nervios de la urbe, a diferencia de Balbuena, que inauguró su epístola tratando del asiento de la ciudad:

Pues esta oculta fuerza, fuente viva  
de la vida política, y aliento  
que al más tibio y helado pecho aviva,  
entre otros bienes suyos dio el asiento  
a esta insigne ciudad en sierras de agua,  
y en su edificio abrió el primer cimiento (p. 67).

El recorrido en camión permite al narrador y su amigo comprobar el desarrollo de la ciudad, su crecimiento y modernización. Esta idea de que hombres y ciudades maduran al mismo tiempo es imagen recurrente en la estampa dibujada por Novo. Mientras en el poema de Balbuena, ya se dijo, la descripción lo domina todo, el ensayo de Novo hace hincapié en la acción para ofrecer una imagen dinámica de la ciudad y de sus gentes. El hecho de que sea el narrador quien se mueve por cada uno de los ambientes descritos y que apreciaciones y valoraciones se realicen *in situ* otorgan mayor viveza al relato. El autor pone ante los ojos del lector el escenario, de forma que este modo de *deixis ad oculos* viste lo narrado de mayor inmediatez. No en balde dicho recurso ha sido muy frecuentado por los cantores a las ruinas en el Siglo de Oro, de los que doy algún ejemplo: *Estos, Fabio, ¡ay dolor!, que ves ahora*, de la famosa *Canción a las ruinas de Itálica* de Caro; *Estas piedras que miras esparcidas*, de Pinel y Monroy; *Esta que miras grande Roma agora, Columnas fueron los que miras huesos*, y la silva que empieza “Estas que veis aquí, pobres y oscuras / ruinas desconocidas”, de Quevedo; *Ruinas son las que miras, caminante*, y el romance *Mirando está las cenizas*, de Lope, etc. En efecto, creo que comparecen con tal proceder las dotes periodísticas de Novo, que llegó a dominar el género de forma que sus lectores quedaran prendados de sus habituales crónicas en los grandes diarios mexicanos. Pero retomando la afirmación anterior de que Novo entendía la ciudad como algo vivo, y por tanto sometido a los cambios de tal estado, conviene recordar las palabras de la *Nueva grandeza* que siguen:

Me angustiaba pensar que la fugacidad de este caleidoscopio impidiera a mi amigo solazarse en la contemplación detallada de todos aquellos edificios; del ritmo a que la vida se renueva en la decadencia noble de algunos para nutrir el fresco nacimiento de los que han de seguirles en la pétreo reencarnación del espíritu de la ciudad perdurable (p. 27).

La novedad de los tiempos se percibe también en la emancipación de las mujeres, que ahora se reúnen en bares y restaurantes para beber alcohol. Y estas señoras no son turistas, como reconoce el amigo del narrador que ocurría en Monterrey, sino mexicanas. La confrontación de los comportamientos de las mujeres en la capital y en provincias es aprovechada por Novo para plantear

la dicotomía entre lo propio y lo ajeno. Se plantea así pues la siguiente cuestión:

¿Podemos, sin embargo, los patriotas de la ciudad, admitir sin reparo que el fenómeno de las libaciones conjuntas de damas y caballeros sea una importación más entre todas las que –en apariencia– tienden a desnaturalizarnos como mexicanos mientras aspiran a naturalizarnos como cosmopolitas? (p. 34)

Por si los lectores tuvieran alguna duda, Novo expone su tesis de que o el proletariado ha pulido sus costumbres imitando a los aristócratas, o al contrario han sido las clases altas las que han sucumbido bajo los hábitos de los más desfavorecidos. Este planteamiento tiene su razón histórica: a partir de que el doctor Gastélum impidió en 1925 que las mujeres pudieran beber en las pulquerías, se alimentó la injusticia social, pues mientras las señoras de clase alta podían seguir disfrutando de sus cócteles en elegantes bares y clubes, las proletarias debían conformarse con comprar el alcohol a través de un torno o taquilla instalados a tal efecto en las pulquerías.

A las mujeres dedica el narrador más espacio en otras partes del libro. No solo despuntan, le avisa a su interlocutor, bellas actrices de comedia o cine, sino que la mujer, no podía ser de otro modo en un modelo desarrollista del que Novo se jacta, ocupa lugar privilegiado en la cultura de la ciudad a partir del dechado insuperable de Sor Juana, que sirve de arranque para componer una nutrida nómina de mujeres que, según Novo, representan el nuevo estado de civilización y progreso de México:

El tipo de la *Culta Dama* no es ciertamente la invención arbitraria, enteléquica, de un escritor capitalino burlón quizá, pero sin duda verídico. Ese tipo define y conjuga a las ilustres señoras que patrocinan (como lo hizo Antonieta Rivas con el Teatro de Ulises y con la Sinfónica) a un arte o al otro (p. 61).

El progreso urbano se percibe asimismo en el éxito del cine frente al teatro. Novo, que conoce de primera mano el ambiente artístico de la ciudad, relata con agilidad cómo una sociedad madura, la mexicana, cae fascinada ante la eclosión del cinematógrafo. Como representante privilegiado de este despertar, se erige la figura del popular Cantinflas, quien asimismo es catalizador de las in-



quietudes e insatisfacciones de la clase media que logra rebasar el ámbito local para convertirse en símbolo universal:

La antena sensible que recogió la nueva vibración, que dio en el clavo del humorismo en que la nueva época descargara sus represiones, se llamaría Cantinflas, y sería, una vez más, el fruto oportuno y maduro de esta ciudad [...] Y porque su vinculación orgánica con su ambiente; y su valor catártico, son tan legítimos, no es probable que le destronen del favor popular esos dioses menores de otros más limitados cauces del humorismo que son Tin-Tan (válido empero como protesta subconsciente contra el pochismo), Palillo, Resortes o Donato (pp. 41-42).

La difusión del teatro, el cine, la popularidad de las emisiones de radio se completan con el mundo cultural que la ciudad de México atesora. Lleva mucho cuidado Novo de apuntar los orígenes de la Pontificia mexicana, universidad a la que ya se había referido en 1554 Cervantes de Salazar en su primer Diálogo, al poco de su fundación. A la importancia de la universidad hay que sumar el acervo bibliográfico de las bibliotecas mexicanas. Recuerda Novo la frase de Henríquez Ureña: "Mi biblioteca es la biblioteca" (p. 55). No deja de lado el narrador el desarrollismo que se hace patente en la creación de las bibliotecas populares en barrios de la ciudad. Y al mismo tiempo la fina ironía de Novo se ceba en el caso de José María Vigil, a quien trae a colación a propósito de su *Antología de poetisas*, compilada "para solaz y cultivo poético de las señoras porfirianas" (p. 55). El mismo antólogo coleccionó en otro libro poemas firmados por hombres a quienes dividió en vivos y muertos, ocurrencia poco afortunada, y desde luego efímera.

Pero no siempre el progreso es positivo. La mecanización y la influencia extranjera han hecho que los excelentes helados y nieves que hacían otrora las delicias de los ciudadanos hayan sido arrinconados por el aluvión de *ice creams*. Atrás quedaron los productos torneados a mano de La flor de Guerrero y de El negrito. Y qué decir de las aguas frescas, ahora embotelladas, y antaño servidas de barrica de vidrio con hielo en su interior (pp. 58-59). De la misma manera alerta Novo sobre la nomenclatura de las calles, dada la polémica que se dio en su tiempo acerca de si mantener sus nombres o sustituirlos por números siguiendo el modelo de las ciudades de los Estados Unidos. Nuestro autor apuesta por la

primera opción que es, según su opinión, la que mantiene la esencia de la ciudad (p. 71).

Al llegar a la descripción de la arquitectura de la moderna urbe, Novo muestra su máximo orgullo, al igual que en su día hiciera Balbuena (“lo tienen todo en proporción dispuesto / los bellos mexicanos edificios” p. 72). La metamorfosis urbanística que ha experimentado México desde los tiempos de Cortés (“Habíamos visto una ciudad transformada, modernizada, en pleno crecimiento” p. 95) no ha hecho que ésta pierda su encanto original, al contrario que lo que había ocurrido en Europa en el caso de ciudades como la Roma de Sixto V, que Quevedo había visitado contemplando el desastre que el nuevo Papa había patrocinado para desdicha de la ciudad y del mundo. No extrañan, por tanto, los dos primeros versos de ese tan conocido soneto de Quevedo que se edita bajo el epígrafe de *A Roma sepultada en sus ruinas*: “Buscas en Roma a Roma, ¡oh peregrino! / y en Roma misma a Roma no la hallas”. En los edificios antiguos de la ciudad de México, le cuenta Novo a su amigo, especialmente los que se asientan en la monumental plaza del Zócalo, descansa la urbe “viva y eterna” (p. 104):

Es la suya [la del Zócalo] la historia toda de México: la de nuestra fe, divina y humana, desde que en esa plaza se erguían vecinos el Gran Teocalli y la residencia de los reyes aztecas; desde que empezó la fábrica laboriosa, lenta labor de siglos, de su catedral incomparable, y la más premiosa, cauta y defendida de su palacio virreinal (p. 64).

Al contrario que Balbuena, Novo echa mano del pasado azteca de la ciudad para ennoblecerla y arraigarla en una honorable tradición:

Respirábamos ya el aire, la primavera inmortal, del Bosque de Chapultepec. Aquí los reyes aztecas, finos y civilizados, vivieron, se bañaron; aquí los adustos virreyes meditaron la conveniencia de transportar la ciudad a la firmeza seca de las Lomas; aquí “murieron los héroes niños bajo las balas del invasor”; aquí Carlota escandalizó a las damas gordas de su corte de honor al madrugar para –¡Jesús, mil veces, Carlota!– montar a caballo; aquí Eliu Root, aquí don Porfirio, aquí don Pancho, aquí Obregón; aquí Calles [...], aquí Portes y Abelardo [...] Y ahora, por fin, aquí un museo en que lucen como lo merecen las galas y reliquias de nuestra historia (pp. 84-85).

Y si Novo no puede ocultar su satisfacción al mostrar a su amigo la antigua grandeza de la ciudad, no se puede decir que sea menor la jactancia con que muestra al recién llegado la magnificencia de los nuevos edificios oficiales, arquitectura que simboliza perfectamente la nueva fiebre desarrollista del país. Después de contemplar las principales sedes del gobierno, se detiene el narrador en los edificios que albergan las instituciones de la ciudad:

Pero la ciudad, honra, prez y espejo de la república, cuenta otro gobierno propio y atareadísimo, en que caben y se resumen las funciones legislativas, ejecutivas, y judiciales de nuestra más amplia arquitectura política (pp. 77-78).

Las miradas indulgentes y llenas de optimismo de Balbuena y Novo se tornan amargas en escritos más recientes. Es el caso de *Los rituales del caos* (1995)<sup>8</sup>, donde el mexicano Carlos Monsiváis pergeña una visionaria imagen de la ciudad en su postrera pose: una ciudad condenada a parecer víctima de plagas y hambrunas, donde el agua y el oxígeno se pagan a mejor precio que el oro. Y también el de Margo Glantz, quien dedicó una luminosa reflexión sobre la ciudad de México:

La ciudad de México reitera los estereotipos, fue –ya no es– una ciudad fundada sobre el agua, una nueva Venecia, una Venecia inundada, de cuya muestra queda un dudoso botón, Xochimilco y sus chinampas; a la cristalina calidad del agua se añadía la extraordinaria transparencia del aire: una transparencia que como la vista de los volcanes y las noches estrelladas ya no es, solamente fue. Hay que entonar la palinodia, la del polvo, la del desastre, y profetizar, es muy fácil, es muy fácil anticipar el desastre, los apocalipsis de bolsillo, el apocalipsis del final, enumerar lo que se acaba, se extermina, se agosta: los magueyes, los mezquites, la grana cochinilla, los telares, los judas, el pulque y las pulquerías, los monstruos de Ocumicho, las mariposas monarca, las peras gamboa, las rosas balme<sup>9</sup>.

En nuestro tiempo, andando ya el siglo XXI y bajo una perspectiva diferente, sorprende al lector el hermoso ensayo de Salvador

<sup>8</sup> México, Era, 1995.

<sup>9</sup> "México: el derrumbe", *América sin nombre*, núms. 5-6. 2004, pp. 94-103; pp. 102-103.

Novo por su endulzada crónica de la ciudad de México; la epístola poética de Balbuena, sin embargo, obedece a una coyuntura histórica bien distinta de la contemporánea por cuanto se canta la grandeza no solo de la nueva ciudad levantada por los españoles sino también de la magna hazaña de instaurar su imperio y religión en las antiguas posesiones aztecas. El libro de Novo, no obstante, rescata el antiguo esplendor de la ciudad bajo una mirada condescendiente e idealizadora tendente a convertir ésta en breve mundo que es a su vez símbolo del gran mundo, por usar una imagen del tiempo de Balbuena. Ese espacio, que es cifra de todo lo que el hombre ha sido capaz de crear, cobra de la mano de Novo un nuevo sentido nacional, y podría decirse que patriótico, al atribuir el progreso de la ciudad al pueblo de México y al buen hacer de sus gobernantes. Ya nada queda de revoluciones, ni de asaltos al poder, ni de lucha de clases: todo lo ha limado un ocio reparador, un aburguesamiento edificante y un moderno progreso que, aun disfrutándolo unos pocos escogidos, es cielo de la tierra para todos.

## Bibliografía consultada

- Arroyo, A., "Bernardo de Balbuena y su *Grandeza mexicana*", en *América en su literatura*, San Juan de Puerto Rico, Editorial Universitaria, 1976, pp. 100-114.
- Balbuena, B. (de), *La Grandeza mexicana*, ed. de J. van Horne, Urbana, The University of Illinois, 1930.
- , *La Grandeza mexicana y Compendio apologético en alabanza de la poesía*, ed. de L. A. Domínguez, México, Porrúa, 1971.
- , *Grandeza mexicana*, ed. de J. C. González Boixo, Roma, Bulzoni, 1988.
- Barrera, T., "Entre la realidad y la exaltación: Bernardo de Balbuena y su visión de la capital mexicana", en Alberto González S., C. y Vila Vilar, E. (eds.), *Grañas del imaginario. Representaciones culturales en España y América (siglos XVI-XVIII)*, México, FCE, 2003, pp. 355-364; recogido luego en Marrero-Fente, Raúl (ed.), *Poéticas de la restitución: Literatura y cultura en Hispanoamérica colonial*, Newark (DE), Cuesta, 2005, pp. 73-82.

- , “Bases para la configuración del imaginario urbano: en torno a *Grandeza mexicana*”, en Pascual Buxó, José (ed.), *Permanencia y destino de la literatura novohispana: historia y crítica*, México, UNAM, 2006, pp. 187-196.
- Buxó, José Pascual, “Intertextualidad manierista en la *Grandeza mexicana* de Bernardo de Balbuena”. *Revista de Literaturas Modernas*, 24 (1991), pp. 197-210.
- Cortés, H., *Cartas de relación*, México, Porrúa, 1976.
- Ferri Coll, J. M., *Las ciudades cantadas. El tema de las ruinas en la poesía española del Siglo de Oro*, Alicante, Universidad, 1995.
- Glantz, M., “Ciudad y escritura: la ciudad de México en las *Cartas de relación* de Hernán Cortés”, en *Borriones y borradores. Ensayos sobre literatura colonial*, México, UNAM/El equilibrista, 1992, pp. 45-59. Antes publicado en *Hispanamérica*. Año XIX, agosto-diciembre 1990. Núms. 56-57, pp. 165-174, y en *Neue Romania. Institut für Romanische Philologie der Freien Universität*. N.º 10. 1991, pp. 91-102.
- , “México: el derrumbe”. *América sin nombre*. Núms. 5-6. 2004, pp. 94-103.
- Gómez, F., “Estética manierista en los albores modernos de la periferia colonial americana. Acerca de la *Grandeza mexicana* de Bernardo de Balbuena (1562-1627)”. *Hispanic Review*, 71, 4, 2003, pp. 525-48.
- Kubler, G., *Arquitectura mexicana del siglo XVI*, México, FCE, 1982.
- Menéndez Pelayo, M., *Historia de la poesía hispanoamericana* [1911], ed. de E. Sánchez Reyes, I, Santander, Aldus, 1948 (Ángel González Palencia [dir.], *Obras completas*, XXVII, Madrid, CSIC, 1948).
- Monsiváis, C., *Los rituales del caos*, México, Era, 1995.
- Novo, S., *Nueva grandeza mexicana. Ensayo sobre la ciudad de México y sus alrededores en 1946*, México, Hermes, 1946.
- , *Nueva grandeza mexicana. Ensayo sobre la ciudad de México y sus alrededores en 1946*, México, Cien de México, 1992 [2ª ed.: 1999, 1ª reimpresión: 2001]), con prólogo de Carlos Monsiváis.
- Palm, E. W., “Tenochtitlan y la ciudad ideal de Dürer”. *Jour.nal de la Société des Américanistes*. 40, 1951, pp. 59-66.
- Reyes, A., *Visión de Anáhuac*, 1915.

- Roses, J., "La Grandeza mexicana: ámbito y orbe de un poema descriptivo", en J. C. Rovira y J. M. Ferri (eds.), *Parnaso de dos mundos. De literatura española e hispanoamericana en el Siglo de Oro*, Madrid-Frankfurt, Iberoamericana, en prensa.
- Rovira, J. C., "Emergen las ruinas". *América sin nombre*, 5-6, 2004, pp. 196-201.
- Sabat-Rivers, Georgina, "Balbuena: Géneros poéticos y la epístola épica a Isabel de Tobar". *Texto crítico*, X, 28, enero-abril, 1984, pp. 41-66.
- Torres, Daniel, "De la utopía poética en Grandeza mexicana de Bernardo de Balbuena". *Caliope*, 4:1-2, 1998, pp. 86-93.